LA SOCIEDAD «MEDICAMENTADA»

por Ginés González García (*)

El colectivo social se maneja con ambivalencia en su concepto sobre los medicamentos. Por un lado se sacraliza su condición de producto de la «investigación científica y la alta tecnología». Por otro lado, se sienten sospechas por su característica de bien industrial de objeto mercantil. La confianza en el médico que los prescribe, hace que el fiel de la balanza se incline hacia uno u otro lado.

Los propios médicos tenemos una alta cuota de responsabilidad en el proceso de construcción de una sociedad «medicamentada», al darle a los remedios el rol de principal agente de todo elemento curativo, ignorando la historia e integralidad de cada paciente. Una visión según la cual se trata una patología determinada y no un enfermo con características propias.

No son ajenos a esta situación los propios pacientes. De hecho, estos focalizan sus principales expectativas durante una consulta en la prescripción. Concluir una «visita» sin una receta en la mano, constituye un elemento de decepción respecto de la capacidad del profesional. Algo que en muchos casos impulsa a éste a recomendar el uso de algún placebo, generalmente inocuo.

Existen algunas explicaciones para la ansiedad del paciente. En general están dadas por las exigencias de nuestras condiciones de trabajo en las modernas sociedades urbanas. Algo que nos fuerza a eliminar rápidamente los procesos patológicos temporalmente incapacitantes o, al menos suprimir las molestias que dejan inactivos a los que las padecen.

La publicidad que se realiza en torno de los medicamentos de venta libre, constituye una puerta abierta a este tipo de reclamos que lleva a la automedicación, como una extendida manifestación cultural de nuestros tiempos. La necesidad de una cura rápida y fácil, impulsa entonces a no valorar los consejos de aquel médico que no esté en condiciones de prometer una recuperación a corto plazo.

Esta actitud consumista frente a los medicamentos y las enfermedades, refleja la naturaleza «fast food» en términos culinarios o «pret a porter» en materia de moda de tal sociedad. También en la medicina se ha desarrollado el concepto de que la ciencia puede arreglar cualquier cosa y lo que no es reparable tiene algún repuesto para sustituirlo o alguna otra forma de reemplazo.

Lamentablemente no es así. La propia Organización Mundial de la Salud lo ha señalado. «A veces, el tratamiento más adecuado no es medicamentoso», dice uno de sus documentos al respecto. Lo cierto es que en muchos países, ya se observan comportamientos que conllevan no sólo excesos en el uso de medicamentos y derroche de recursos sino a toxicidad y otras reacciones adversas.

Los griegos ya sabían del doble efecto de los medicamentos, por ello los denominaron «pharmakon», palabra que tiene que ver con el veneno, la brujería y la curación. Y en otras culturas del Africa Subsahariana, con un grado de desarrollo mucho menor que el de los asombrosos griegos del siglo -V, también se designan los «remedios» con palabras de contenido ambivalente.

Esta cuestión del doble potencial de los medicamentos, está presente en la discusión sobre la distribución de los bienes farmacéuticos. Lo que no puede discutirse es que los medicamentos son siempre potencialmente poderosos y pueden ser siempre mal utilizados. Por ello, la cuestión del control es central en el análisis del comercio de los fármacos.

(*) El doctor Ginéz González García fue ministro de Salud de la provincia de Buenos Aires; actualmente es el presidente de la fundación ISALUD y de la Asociación de Economía de la Salud; y es autor de diversos trabajos, entre ellos el libro «Remedios políticos para los medicamentos».